





LA HISTORIA Y SUS ORÍGENES  
EL NEOLÍTICO



Benedicto Cuervo Álvarez

LA HISTORIA Y SUS ORÍGENES  
EL NEOLÍTICO



Primera edición: octubre 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Benedicto Cuervo Álvarez

© Manolo Linares. Acuarela de portada. *Chozas*. (Navelgas, Asturias).

ISBN: 978-84-18958-28-1

ISBN digital: 978-84-18958-29-8

Depósito legal: M-28047-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







«La historia es un incesante volver a empezar».

TUCÍDIDES (S. V. a. C.)

«La historia es el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y creaciones humanas de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras (...); actividades y creaciones con las que se cubrieron la superficie de la tierra y la sucesión de edades (...).».

LUCIEN LEBVRE. *Combates por la historia* (1952)

«Si para alguna cosa sirve la historia es para hacernos conscientes de que ningún avance social se consigue sin lucha».

JOSEP FONTANA (1931-2018)



## INTRODUCCIÓN

Esta obra que acabo de finalizar es una aproximación a lo que se entiende por historia como ciencia interdisciplinar que se ocupa de los acontecimientos ocurridos en el pasado, especialmente sociales, económicos y culturales que les sucedieron a las sociedades humanas en los últimos 10.000 años a lo largo y ancho de todo nuestro planeta. Para la etapa anterior el término apropiado sería prehistoria (5 millones de años a 10000 a. C).

La historia no siempre fue una disciplina independiente, sino que, por el contrario, hasta bien avanzado el siglo XIX estaba dentro del campo de la filosofía y grandes filósofos (Mably, Voltaire, Nietzsche, Kant, o Auguste Comte, por ejemplo) se adentraban en sus escritos en sucesos del pasado. No será hasta iniciado el siglo XX cuando la historia tendrá su campo propio, su metodología y utilización propias de diversas fuentes primarias y también secundarias empleadas fuera de un contexto meramente filosófico. La Escuela de los Annales (fundada por los historiadores franceses Lucien Febvre y Marc Bloch, en 1929) tuvo un gran papel en la modernización y puesta al día en el hacer histórico, así como los campos a analizar más significativos, obviando hechos anecdóticos o sucesos intrascendentes, al igual que biografías de ilustres militares o políticos de diversas ideologías.

Así, pues, los historiadores hemos de analizar los hechos pasados ocurridos en una determinada región o país desde el punto de vista demográfico, socioeconómico o cultural que fueron transformados de forma rápida y radical (mediante una revolución) o más lentamente (leyes refor-

mistas en el Parlamento), en la que el pueblo llano de las diferentes naciones tuvo un papel fundamental para dichas transformaciones.

Por lo tanto, el historiador se ha de apoyar, en múltiples ocasiones, en: arqueólogos, geógrafos, geólogos, economistas, sociólogos, etnógrafos, botánicos, numismáticos... El trabajo del historiador se ha de realizar (y, de hecho, se realiza) en equipo.

La historia no sirve para, simplemente, saber «cosas del pasado», sino que hemos de llegar a discernir los acontecimientos importantes, trascendentales, de los meramente anecdóticos o carentes de interés y poder llegar a través de los documentos verídicos y contrastados a acabar elaborando un estudio serio, riguroso, sobre un determinado acontecimiento histórico, pero en un lenguaje que sea entendible por la mayor parte de las personas profanas que se acerquen a leer un libro de historia.

La historia del pasado está muerta, no sirve para nada, si no somos capaces de buscar los orígenes de un determinado acontecimiento histórico y relacionarlo con sucesos recientes. Un ejemplo claro, en este sentido, es el terrorismo yihadista que, desde principios de este siglo, provoca atentados terroristas en los países democráticos de Europa Occidental y Estados Unidos. Este fenómeno no se puede entender si no es por su radicalización en la lectura del Corán, libro sagrado para los musulmanes, cuyo origen está en la Alta Edad Media con las conquistas logradas por los árabes por todo el norte de África y gran parte de la península ibérica. De hecho, la misma palabra yihad (yihadista) es un término acuñado a mediados del siglo VII para predicar la guerra santa contra los infieles que no se sometían voluntariamente a su religión, el islam.

Por otra parte, los historiadores estamos revisando los acontecimientos históricos constantemente. No podemos dar por perennes teorías y estudios realizados aunque hayan sido analizados por insignes historiadores como Sánchez Albornoz. El historiador ha de estar en constante movimiento, revisando

documentos ya conocidos, buscando otros nuevos e interesándose por descubrimientos arqueológicos que, a diario, salen a la luz y pueden modificar teorías ya consolidadas desde hace siglos. Hace unos años arqueólogos asturianos encontraron restos romanos del siglo V d. C., cerca de la catedral de Oviedo (Asturias), que demostraron que en la capital asturiana ya se asentaban algunas villas romanas. Este sorprendente hallazgo arqueológico echó por tierra un documento medieval analizado por Sánchez Albornoz que consideraba la fundación de Oviedo en el año 761 d. C. por el monje presbítero Máximo y su sobrino Fromestano, quienes fundaron el monasterio de San Vicente.

Otra cuestión importante que planteo, en la segunda parte de este libro, es en qué momento se inicia el periodo histórico de la humanidad y si seguimos manteniendo la teoría clásica de que su origen parte del surgimiento de la escritura en Sumer hacia el IV milenio a. C. o bien, por el contrario, con el inicio de la cultura neolítica unos seis milenios antes. De eso trata la segunda parte de mi obra *La historia y sus orígenes. El Neolítico*.

En ese capítulo analizo los motivos por los que pienso, junto con otros significativos arqueólogos franceses e historiadores, que se debería adelantar el origen de lo que denominamos historia al inicio del Neolítico en el Creciente Fértil y norte de África, pues la escritura no deja de ser un hecho anecdótico (era escasa y solo un puñado de privilegiados podían escribir e interpretar lo escrito) frente a la denominada, por Gordon Childe hace ya varias décadas, la Revolución Neolítica, con todo lo que esto llegó a suponer, como el cultivo de los campos, la domesticación de los animales, el surgimiento de poblados más o menos estables y pequeñas ciudades, la jerarquización social, la división del trabajo el surgimiento de las actividades comerciales, etc.

Por último, mi pretensión a la hora de realizar este libro de historia es, simplemente, aproximar a los lectores al conocimiento de las culturas y civilizaciones más antiguas de la humanidad, sabiendo que en esta disciplina nunca está dicha la última palabra y que está en constante revisión, pero teniendo presente que el objetivo último de la historia, su verdadero sentido

para su conocimiento y análisis de los hechos ocurridos en el pasado es que aprendamos de ellos y evitar que se repitan los más negativos o nefastos, como pueden ser las guerras o conflictos entre diversos pueblos o guerras civiles que tanto daño causan a la humanidad. El tema de las guerras a lo largo de la historia es recurrente. A pesar de saber todos nosotros la cantidad de conflictos ocurridos desde el Neolítico hasta hoy en día, seguimos chocando contra la misma piedra. Esperemos que terminen de una vez, aunque sea en el último momento cuando estemos al borde del precipicio, a punto de nuestra propia autodestrucción como especie humana.

El estudiar, analizar la historia e interpretarla de forma objetiva, dejando al lado nuestras propias ideologías, y llevarla a los lectores amantes de esta ciencia o simplemente interesados por ella e inquietos por el saber hará a las personas más libres y responsables. De ahí la importancia de potenciar la historia en los planes de estudios preuniversitarios para que los niños y jóvenes puedan aprender los hechos ocurridos en el pasado guiados por auténticos profesionales sabedores y especialistas en dicha disciplina. Los planes de estudios que aparcan a un lado todo saber histórico están haciendo un flaco favor a la cultura, en general, y al desarrollo de futuros ciudadanos libres y responsables. Tal vez a determinados partidos políticos de diverso signo no les interese potenciar el saber de la historia para crear, en el futuro, una masa borreguil que pueda seguir sus ideologías y consignas sin la más mínima oposición. Espero estar equivocado en este sentido.

Agradezco a mi familia y amigos el ánimo y aliento que me han dado para realizar y llevar a buen puerto este libro que pretende aproximar, a todas las personas que lo deseen, nada menos que al origen de la historia, así como a la editorial Adarve por las facilidades que me han dado para hacer posible su publicación.

El autor:

B. C. A.

## CAPÍTULO 1

### ¿QUÉ ENTENDEMOS POR HISTORIA?

La respuesta a esta pregunta no es tan sencilla como parece. Si miramos diccionarios o enciclopedias nos dirán que: «La historia es la ciencia que estudia y sistematiza los hechos más importantes y trascendentales del pasado humano», «La historia es la ciencia que tiene como objeto el estudio de sucesos del pasado de la humanidad y, como método, el propio de las ciencias sociales, así como el de las ciencias naturales», «La historia es la ciencia que estudia los acontecimientos del pasado relativos a la humanidad y a sus diferentes sociedades» o que «Es la disciplina que narra de forma ordenada y cronológica sucesos del pasado desde el descubrimiento de la escritura hasta nuestros días». Así podría seguir señalando miles de definiciones similares de qué es la historia.

Para Tucídides, la historia sería el relato de hechos reales ocurridos en un tiempo y lugar determinados que el historiador ha de fundamentar con pruebas y analizarlos en términos de causa-efecto sin la referencia o mejor interferencia de los dioses. El propio Tucídides no solo era considerado como «historiador», sino que también era militar. Se sabe, con seguridad, que participó en varias guerras. Tucídides no tenía ningún reparo en historiar conflictos en el que él mismo participaba (1). Su historia se basaba en narrar las guerras y políticas que llevaban a cabo los participantes en dichos conflictos. Podríamos decir que era juez y parte de la historia que narraba.

Uno de los principales historiadores de la Antigüedad fue Heródoto. En sus *Historias* narra las luchas que tuvieron lugar entre griegos y bárbaros y, en concreto, las guerras médicas. También se sabe que viajó a Egipto, y al mundo egipcio dedicó su segundo libro.

Heródoto, considerado como padre de la historia, escribe sobre las hazañas de las generaciones que lo preceden para que no caigan en el olvido. Además de narrar campañas militares también hace referencia a la sociedad, economía y religión de los egipcios y de los pueblos bárbaros (persas, escitas...).

Para narrar un determinado hecho histórico Heródoto recurre a diversas fuentes. Tiene en cuenta la tradición oral del pueblo y se basa, en muchos casos, en su propia observación directa de dichos acontecimientos.

Además, es sincero y verídico en sus narraciones. Heródoto procura conseguir fuentes fiables de otros sabios que le precedieron e incluso emplea fuentes epigráficas, aunque fuese difícil su transcripción y cometiese algunos errores por ello. (2)

Polibio y Estrabón tenían distintas maneras de entender la historia. Mientras que para Polibio la geografía sería una disciplina ampliadora de la historia, Estrabón consideraba que la historia debería de estar desligada de la geografía. Su historia se podría encuadrar dentro de la geografía humana. (3)

Otro historiador de la Antigüedad, el romano Tito Livio, escribió una monumental obra titulada *Décadas de la historia romana* que constaba de ciento cuarenta y dos libros de los que solo han llegado hasta nosotros treinta y cinco. La obra de Livio se inicia con la fundación de Roma por los legendarios Rómulo y Remo hasta la muerte de Druso, es decir, unos 743 años. Tito Livio no es independiente a la hora de escribir su *Historia de Roma*, sino que se decanta a favor de la República romana y en contra del inicio de la etapa imperial.



Tito Livio utiliza diversas fuentes para desarrollar tan vasta obra histórica como: anales de los pontífices, libros sagrados, rituales, cantos religiosos, *libri lintei*, *libri magistratuum*, *ensorum tabulae*, leyes reales, plebiscitos, *senatus consultos*, tratados, tablas triunfales, actas civiles, inscripciones, monedas, cantos nacionales e incluso archivos de pueblos inmediatos a Roma. Todas estas fuentes empleadas por Tito Livio no tenían el mismo valor histórico, encontrándose contradicciones, hechos inexactos, datos inciertos e incluso empleando para narrar los orígenes de Roma leyendas y mitos fabulados que poco tienen que ver con el rigor científico del historiador. (4)

El historiador Cornelio Tácito ocupó importantes cargos políticos en la administración romana a finales del s. I d. C.; fue senador y *consul suffectus*. Sus obras históricas (*Germania*, *Anales*, *Historia*, *Vida de Agrícola*) tienen un carácter moralizante y didáctico, y una concepción propiamente estoica. En la obra *Germania* considera la historia con la identificación de las costumbres rudimentarias y poco refinadas de los pueblos germánicos con aquellos otros hábitos sencillos y humildes que convirtieron a Roma en dominadora del mundo. (5)

En sus *Anales*, Tácito narra la vida y obra de los primeros emperadores romanos y considera que: «Los hechos narrados en tiempos de Tiberio y Gayo, al igual que con Claudio y Nerón, fueron falseados y no ajustados a la verdad por temor a las duras represalias que podían sufrir por estos crueles emperadores. Mi propósito es tratar brevemente y solo los últimos momentos de Augusto y luego del principado de Tiberio y todos los demás, sin ira ni parcialidad, pues no tengo cercanas las causas de tales hechos». (6)

La historia de Tácito es meramente descriptiva, en la que van pasando por su obra una serie cronológica de emperadores y sus avatares militares y políticos durante sus respectivos reinados, considerando, además, que muchos de los escritos realizados en tiempos de emperadores crueles no

son reales. Al final comenta que se encuentra más cómodo escribiendo las virtudes del emperador Nerva por ser un periodo de mayores libertades. (7)

Podríamos continuar señalando a cientos de historiadores clásicos que tienen casi todos ellos en común el ser, más bien, cronistas a sueldo de reyes o emperadores que cuentan hechos relacionados con guerras o conflictos bélicos, más o menos importantes, de forma cronológica, con una visión subjetiva e incluso activa en los hechos que nos narran. Sería una historia descriptiva de personajes relevantes de la Antigüedad carentes de un mínimo rigor científico.

A partir de finales del siglo XVIII se va a ir notando ciertos cambios a la hora de entender lo que es realmente la historia. Para Voltaire, la historia es el relato de hechos verdaderos por oposición a la fábula, que narra hechos ficticios, como la paloma que llevó una botella de óleo santo a una iglesia de Reims (Francia) o que dos ejércitos de serpientes tuvieron una batalla campal en Alemania. La elevada cultura humanística de Voltaire le permitió cuestionar gran parte de la versión aceptada en su tiempo en torno a la historia de la Antigüedad y el medievo. (8)

Los ilustrados introducen la concepción del tiempo como un elemento determinante de evolución y progreso, articulando una cronología a modo de causa y evolutiva de cambios significativos e irreversibles en el ámbito de las actividades humanas. Se empieza a analizar la historia universal yendo más allá del ámbito europeo (culturas americanas, africanas o asiáticas).

Para Mably (1709-1785), filósofo francés influenciado por Locke y Rousseau, el historiador debe discurrir las causas de los acontecimientos y la cadena que los enlaza. Según él, en los orígenes de los seres humanos no existía la propiedad privada, sino que eran sociedades comunitarias. Las desigualdades surgieron, posteriormente, con la apropiación de la tie-

rra por un grupo social (aristocracia). La solución, para Mably, no sería una vuelta atrás, sino encontrar las soluciones a los males creados. (9)

Durante la Ilustración (finales del siglo XVIII), la filosofía y la historia van unidas buscando los avatares históricos a través de la razón. La tesis básica de la Ilustración es que la humanidad, en todas las épocas históricas, se comporta de la misma manera y sería necesario crear una «ciencia del hombre» que permita conocer las leyes de estos para así no cometer los mismos errores. Para ello, sería necesario constituir gobiernos conforme a la cultura, las artes y la razón.

A partir de principios del siglo XIX surgió la denominada ciencia histórica, entendida como una disciplina en la que las bases teóricas han de articularse a través de una metodología para poder constatar los hechos históricos narrados. El historiador ha de analizar los documentos del pasado de una manera objetiva y no fabulada o fantástica, como sucedía en los siglos anteriores (10). Veamos un ejemplo de historia fabulada:

«La historia de Midas es un mito popular usado para relatar las consecuencias de la avaricia. Midas era un poderoso rey de Frigia, quien poseía una gran fortuna. Sin embargo, siempre quería tener más dinero, por lo que pidió a los dioses que le concedieran la bendición de convertir todo lo que tocaba en oro.

Los dioses concedieron el deseo de Midas, pero su nueva habilidad resultó no ser más que una maldición. No podía comer, pues la misma comida se convertía en oro tan pronto entraba en contacto con el rey. En desesperación, pidió a los dioses que perdonaran su avaricia y lo devolviesen a la normalidad...». (11)

Ahora otro ejemplo de historia basada en hechos reales y objetivos:

«Prohibo la introducción y curso en estos mis Reynos y Señoríos de qualesquiera papeles sediciosos, y contrarios á la fidelidad y á la tranqui-

lidad pública, y al bien y felicidad de mis vasallos: y en su consecuencia mando, que qualquier persona que tuviere, ó á suyas manos llegare carta ó papel impreso ó manuscrito de esta especie, los presente á la respectiva Justicia...». (12)

Las leyes, cédulas reales y todo tipo de documentos oficiales son objeto de estudio del historiador y se asientan en documentos fidedignos.

A lo largo del siglo XIX dos corrientes historiográficas serán las predominantes. Por un lado, la escuela alemana y, por otro lado, el positivismo. El historicismo alemán, influenciado por el Romanticismo, analiza la historia como un sentimiento de la conciencia colectiva de los pueblos y su voluntad de revivir el pasado dentro de su propia situación histórica. Algunos de los máximos representantes de esta corriente historicista alemana serían: Heinrich Rickert, Max Weber, Oswald Spengler y Friedrich Meinecke.

Para Heinrich Rickert, la historia se fundamenta en la relación con los valores. Por ello, el fundamento histórico se define como Kultur (cultura) y sus valores culturales. Rickert interpreta los valores como algo necesario y absoluto que afirma en una subsistencia trascendente como realidad metafísica. El historiador se ha de limitar a conocer los hechos históricos tal y como se presentan. (13)

Oswald Spengler es otro de los máximos representantes del historicismo alemán por su teoría de la Kultur (cultura) expuesta en su monumental obra *La decadencia de Occidente*. Su idea fundamental se basa en la pluralidad cultural de la humanidad a lo largo de la historia. La historia se nos ofrece, según Spengler, con los requisitos de toda realidad viviente; esto es, articulada e interrelacionada como están las partes activas de cualquier organismo.

Spengler llega a la conclusión de que un determinado hecho histórico, es decir, una cultura, como puede ser la egipcia, tiene cuatro fases distin-

tas: antecedente, nacimiento, desarrollo y extinción al final de su proceso natural. Para el historicista alemán la historia se analizaría a través de las culturas de sus pueblos teniendo como modelo a seguir la biología. (14)

Para Friedrich Meinecke el análisis y estudio de la historia es mucho más que un ejercicio intelectual, es una experiencia de la personalidad total, ya que la historia ofrece el marco global, la totalidad, en la que nos hacemos inteligibles los hombres del presente. Para analizar algún acontecimiento histórico hemos de reconstruir y comprender el pasado entrando en el máximo contacto posible con la vitalidad humana del momento histórico. (15)

Theodor Mommsen es conocido por su obra *Historia de Roma* (1856). Esta obra no se puede considerar como de historia, sino que es una obra literaria (de hecho, consiguió el Premio Nobel en 1902), puesto que carece del rigor científico para denominarla como tal. Es literaria porque se basa en un proyecto que es a la vez estético y moral como él mismo nos indica en su obra: «no resaltar la sencillez y la naturaleza íntima de los dioses romanos sería faltar a un deber de todo historiador». Es decir, según Mommsen, el historiador ha de tener en cuenta los mitos y leyendas antiguas referidas a los dioses romanos. También son absurdas algunas opiniones de Mommsen a la hora de explicar el retraso de la agricultura romana. A pesar de que Theodor Mommsen vivió en pleno siglo XIX su mentalidad, metodología y formas de reflejar los hechos históricos son similares a los de Polibio o Tito Livio. (16)

Casi un siglo antes, el militar y político inglés Edward Gibbon había publicado su extensa obra *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* (1776), que más que obra histórica habría que considerarla como literaria. Gibbon estaba más interesado en narrar el pensamiento romano de aquel entonces, la creatividad y la degradación moral que analizar y reseñar hechos económicos o sociales. (17)

A partir de esa época se publicarían miles de obras en los más diversos idiomas que tratan sobre la historia antigua de Roma. Destacaré dos de los más conocidos: el historiador ruso Kovaliov y el periodista italiano Indro Montanelli. Ambos hicieron una *Historia de Roma*; el primero de ellos, Kovaliov, basándose en la metodología científica histórica y el segundo, Montanelli, en el simple relato de los hechos sin tener muy en cuenta la realidad de los hechos históricos en los que se documenta para realizar su obra.

Pienso que, desgraciadamente, ya desde la Antigüedad a nuestros días, muchas obras de historia las escriben más filósofos, militares, teólogos, «sabios», escritores, periodistas, sociólogos... que especialistas en historia. La gente lo ve como normal cuando no debería ser así. Es lo mismo, por poner un ejemplo, que si un especialista en griego hiciese una obra de matemáticas o física y química. El que muchos sabios, pensadores, filósofos o escritores se hayan adentrado en hechos históricos más que beneficiar a esta ciencia la ha perjudicado. Otro caso evidente es el del escritor Pío Moa, interesado y escritor de historia, que lleva bastantes años haciendo obras relacionadas con la historia contemporánea de España (*Los mitos de la guerra civil*, *Los mitos del franquismo*, *La guerra civil española*, *Franco...*), pero sus obras no tienen una clara base científica, sino más bien ideológica; y, por cierto, muy partidista, lo que da lugar a que carezcan de la suficiente objetividad.

Para el teólogo protestante e historiador de arte, el suizo, Jacob Burckhardt, la historia sería lo que denomina *Kulturgeschichte* (historia de la cultura). La historia se basa en tres fundamentos esenciales: el Estado, la religión y la cultura, que son determinantes para entender cualquier época histórica. Las obras más importantes de Burckhardt son las tituladas: *La época de Constantino el Grande* (1853), *La cultura del Renacimiento en Italia* (1860) y *La historia de la cultura griega* (1889). (18)

El positivismo, o filosofía positiva, fue una corriente filosófica que afirmaba que el único conocimiento válido es el científico para todas las

ramas del saber humano (matemáticas, química, física, ciencias naturales, historia...). La forma que existe para resolver cualquier hecho histórico es la inductiva, despreciando la creación de teorías a partir de principios que no han sido percibidos objetivamente. En la metodología histórica, el positivismo pretendía conseguir el mayor número de textos posibles sobre un determinado hecho histórico sin tener en cuenta una mínima síntesis interpretativa.

En resumen, el positivismo realiza una valoración única y exclusiva de un relato exacto, sin interpretarlo. Esta corriente no es crítica y carece de una mínima fiabilidad histórica. (19)

A mediados del siglo XIX, el filósofo francés Auguste Comte, padre del positivismo y de la sociología, publica una de sus principales obras titulada *Discours sur l'esprit positif* (1844). En esta obra considera que la historia debe dividirse en tres fases:

1.º. Fase teológica o mágica. Los hechos históricos son causados por seres sobrenaturales, como fuerzas de la naturaleza o dioses.

2.º. Fase metafísica o filosófica. El hombre va evolucionando mentalmente y cree en las ideas e intenta analizar los acontecimientos históricos mediante el empleo de la razón buscando el porqué del acontecimiento o suceso ocurrido en ese periodo histórico.

3.º. Fase científica o positiva. Es la última etapa. La mente humana renuncia a las ideas absolutas y se dedica a estudiar las leyes que determinan el hecho histórico. El conocimiento se basa en la observación y la experimentación (20).

El propio Comte explica lo que para él es el positivismo:

«La palabra positivo designa lo real, por oposición a lo quimérico: en

este aspecto el nuevo espíritu filosófico está consagrado constantemente a las investigaciones verdaderamente asequibles a nuestra inteligencia». (21)

Así, pues, el positivismo nos enseña, según Comte, que el conocimiento solo puede venir dado de nuestras experiencias, las cuales se pueden comprobar por el método científico, que es el mismo para todas las ramas del saber humano.

Desde mediados del siglo XIX hasta finales del mismo siglo va a surgir un personaje que va a cambiar totalmente la forma y manera de considerar la historia. Se trata del filósofo, periodista y sociólogo alemán Karl Marx. Según Marx, con la desaparición del comunismo primitivo (durante la Prehistoria), el equilibrio entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción cede su lugar a la contradicción, pues comienza a darse una lucha entre las diversas clases sociales por la apropiación del excedente producido. (22)

En definitiva, la historia de las sociedades que existieron hasta nuestros días ha sido la historia de la lucha de clases (esclavos contra nobles romanos o griegos, siervos contra señores u obreros contra capitalistas). Estas luchas acabarían con la burguesía en el poder y se establecería la dictadura del proletariado.

Las teorías de Marx se pondrían en práctica en medio mundo a lo largo del siglo XX, desde la Revolución rusa hasta la caída del muro de Berlín y en bastantes países africanos, asiáticos y latinoamericanos.

Después de varias décadas de existencia, el sistema comunista ha caído estrepitosamente después de una existencia agonizante debido a las escasas relaciones comerciales establecidas a nivel mundial, la abundante mano de obra no especializada ni mecanizada o la corrupción de sus dirigentes formando familias o castas que controlaban el poder del Estado



con mano de hierro impidiendo el más mínimo cambio político o económico para poder ajustar su economía. La mayor parte de estos líderes marxistas murieron en la cama y le sucedió en el poder algún miembro de su familia o de su máxima confianza. (Stalin, Mao, Brézhnev, Fidel Castro...).

La Escuela de los Annales surgió, originariamente, como una revista publicada en Estrasburgo, en 1929. Actualmente, se denomina *Annales, Historia y Ciencias Sociales*. Esta revista de historia fue fundada por los historiadores franceses Marc Bloch y Lucien Febvre para crear una forma distinta de entender la historia que no fueran acontecimientos políticos, militares o diplomáticos, sino que incluyera otros campos del saber como: la geografía, demografía, economía, sociología, arte, etc.

Esta escuela francesa está fuertemente influenciada por el materialismo histórico marxista y considera que la nueva historia se ha de dedicar al análisis de las estructuras sociales más que a acontecimientos puntuales. Estudia los grandes fenómenos colectivos de la historia, los procesos que afectan a las grandes masas y grupos sociales.

Un dato a tener muy en cuenta es que a partir de comienzos del siglo XX, van a ser los especialistas en historia salidos de las principales universidades europeas los que tomen las riendas en la investigación de los hechos históricos más que filósofos, teólogos, militares o «sabios», con lo que el rigor histórico va a ser mucho mayor que el existente en los siglos anteriores. (23)

Pierre Vilar es uno de los grandes historiadores franceses del siglo XX. Para Vilar la historia ha de ser total, capaz de enlazar los distintos niveles de la actividad social. Su dedicación intelectual y académica se desplegó de forma brillante en el análisis de las cuestiones españolas, en las que fue una gran autoridad. Abordó no solo cuestiones sociales e institucionales, sino también y, de manera especial, todo tipo de asuntos económicos y la

delimitación conceptual de categorías y términos históricos. Fue autor de importantes obras relacionadas con la historia de España como: *Histoire de l'Espagne*, *La guerra civil española*, *Cataluña en la España Moderna*, *Memoria, historia e historiadores*, etc. (24)

Un importante filólogo e historiador español fue, sin duda, Ramón Menéndez Pidal. Coordinó y dirigió una *Historia de España* compuesta de 42 volúmenes que él mismo inició en 1935, pero solo pudo ver publicados los 13 primeros en vida. El último volumen se publicó, mucho tiempo después de su muerte, en 2004. El propósito de esta obra era, en palabras de Pidal: «hacer la historia de un pueblo, no de héroes, de reyes o de batallas». Como reconocen algunos de sus amigos historiadores, la *Historia de España* de Pidal «ocupa un lugar de resistencia silenciosa a favor de la libertad de todos los españoles y su reconciliación». (25)

Manuel Tuñón de Lara se licenció en Derecho por la Universidad de Madrid (1936), ciudad en la que había nacido en 1915. Posteriormente se doctora en Historia Contemporánea, llegando a ser catedrático de Historia Contemporánea por la Universidad de Pau (Francia). Tuñón de Lara consideraba que el análisis de la historia no puede ser neutral y, de hecho, el historiador se puede centrar en una determinada especialidad (historia antigua, medieval, moderna o contemporánea) y relatar, desde esa etapa histórica, acontecimientos políticos, bélicos, diplomáticos, o bien elegir los socioeconómicos y culturales. Según el historiador Tuñón de Lara:

«Los libros de historia no pueden ser neutrales, tienen siempre una carga de pasión, especialmente, si narran acontecimientos contemporáneos. En este caso, al hacer historia, yo estaba hablando también de mi infancia y juventud... Creo que es obligatorio que el historiador use criterios historiográficos y, en este sentido, nosotros nos hemos autolimitado, sometiéndonos a los criterios científicos del estudio de la historia...».

A continuación, añade:

«Los libros de historia no han de ser ni panfletarios ni hagiográficos, sino que han de utilizar todas las fuentes posibles y emplearlas con criterios históricos...». (26)

De entre sus numerosas obras históricas y artículos caben destacar: *Espagne* (1955), *La España del siglo XIX (1808-1914)* (1961), *Introducción a la historia del movimiento obrero* (1965), *La España del siglo XX* (1966), *La II República* (1976) y fue coordinador de la *Historia de España (1980-91)*. (27)

Miguel Artola Gallego fue también otro eminente historiador español que analizó de forma exhaustiva y sistemática el origen de la historia contemporánea española. Se licenció en Historia en 1945 y, posteriormente, consiguió el doctorado por la Universidad Central de Madrid en 1949. Desde mediados del siglo XX hasta 2020, Miguel Artola analizó diversos episodios, muchos de ellos trágicos, de nuestro más reciente pasado. Según Artola: «La historia se ha de analizar buscando todas las cuestiones y episodios básicos, para ofrecer una visión de conjunto que combine el análisis de las instituciones y el entendimiento de las realidades sociales y políticas subyacentes».

Artola fue un verdadero maestro universitario que a lo largo de su dilatada trayectoria incrementó el conocimiento histórico creando una verdadera escuela de profesionales en historia de España y, especialmente, en contemporánea. Su obra es muy extensa y clave para comprender la transición del Antiguo Régimen a la sociedad actual, la evolución de la burguesía española y los fundamentos económicos de la modernidad. Entre sus obras más destacadas están: *La Monarquía de España* (1999), *El legado de Europa* (2016), *La revolución española (1808-1814)* (2010), *Historia de España. Vol. V.* (2006), *Los afrancesados* (1989) y *Textos fundamentales para la Historia* (1992). (28)

Dentro del grupo de historiadores británicos destacados en sus estudios de investigación de hechos históricos en estas últimas décadas comentaré con brevedad alguno de ellos.

Arnold Toynbee nace, a finales del siglo XIX, en el condado de York (Inglaterra). Fue un importante investigador de historia universal. Sus proyectos de investigación histórica los desarrolló en la London School of Economics y en la Universidad de Londres hasta su jubilación en 1952. Fue autor de numerosas obras históricas como: *Estudio de la historia* (1934-61), *El mundo y el Occidente* (1952), *Helenismo: La historia de una civilización* (1959), *Algunos problemas de historia griega* (1969) entre otras muchas obras e impartió numerosas conferencias a nivel internacional y, en especial, en Estados Unidos. (29)

Toynbee hace una crítica a la historiografía tradicional que considera al «Estado Nacional» la unidad de análisis y construcción histórica, pues considera que los campos inteligibles de los estudios históricos son las civilizaciones.

Para Toynbee el ser humano está condenado a los ciclos de desarrollo, estancamiento y destrucción sin poder escapar de ellos. Existen ciertas regularidades históricas que se presentan como ciclos históricos. Sin embargo, negó el determinismo en la evolución de las civilizaciones negando que estas deban desaparecer finalmente (en oposición a su admirado Spengler) y defendía que la moderna civilización occidental podrá escapar a la norma general de la decadencia de las civilizaciones si es capaz de dar una respuesta acertada a los desafíos o problemas con los que se vaya encontrando.

Esta teoría ha de tener en cuenta, según Toynbee, la relativa al mecanismo «desafío/respuesta», es decir, que las civilizaciones avanzan, se estancan o desaparecen dependiendo de la respuesta que sean capaces de dar a los desafíos y retos que tengan ante sí. (30)

Arnold Toynbee fue un gran erudito. Sus obras de historia fueron muy leídas y apreciadas por los historiadores de aquella época y muy criticadas por otros. Lo cierto es que este historiador inglés no pasó desapercibido a mediados del siglo XX hasta casi nuestros días.

Raymond Carr fue un historiador, profesor e hispanista inglés (analizó en profundidad nuestra historia contemporánea). De tendencia liberal, estuvo investigando hechos históricos de la España del siglo XIX y del XX, desde mediados del siglo XX hasta principios del XXI. Consideraba que la historia era: «algo fascinante que el historiador ha de diferenciar entre determinismo, accidente y elección». Para Carr: «Si el determinismo es el refugio de los historiadores que quieren pasar como profetas, tanto el accidente como la elección personal son el material del que está hecha la historia». La historia, el pasado es: «algo gris, confuso, sin delimitaciones exactas, todo entremezclado y sin muchas líneas divisorias». (31)

Para el hispanista inglés: «Los historiadores han de narrar los hechos históricos con neutralidad, sin tomar partido activo por ninguna ideología, consigna política u opinión personal».

Raymond Carr adoptó una posición contraria a la Escuela Annales en su manera de entender la historia, pues no consideraba la historia de los movimientos populares, de las clases sociales y de los protagonistas colectivos, ya que, según su opinión, los factores socioeconómicos eran «realidades imperceptibles e imposibles de verificar». (32)

Tuve el inmenso placer de asistir a una de sus conferencias pronunciadas en Oviedo con ocasión de la concesión del Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales, en 1999. Publicó varias obras importantes para entender nuestro pasado más inmediato como: *España: 1808-1939* (1966/69), *Historia de España* (cord.) (2001) y *España: de la Restauración a la democracia, 1875-1980* (2015).

El también historiador e hispanista inglés, Hugh Thomas, catedrático de la Universidad de Reading se adentró en nuestra historia más reciente de España publicando, en varias ocasiones y distintas editoriales, su conocida obra *La Guerra Civil española*. Yo mismo tuve el humor de comprar, en los primeros años de los ochenta del siglo pasado en fascículos semanales esta obra voluminosa publicada por ediciones Urbión en seis tomos.

A través de esta obra podemos indagar qué aspectos son más importantes para Thomas de un acontecer histórico. Previamente hemos de tener en cuenta que este historiador inglés no fue ajeno a la política activa inglesa, pues de joven militó en el partido laboralista, años más tarde fue amigo personal de Margaret Thatcher y representante de los conservadores en la Cámara de los Lores. Al final, en su última etapa, se afilió al partido liberal demócrata inglés.

La primera cuestión que atrae la atención a Hugh Thomas de nuestro conflicto civil fue: «cómo pudo ocurrir tanta violencia detrás de las líneas, en las dos zonas. No entiendo cómo fue posible para los falangistas dar muerte a tantas personas inocentes, incluso algunas por solo haber votado al Frente Popular. No entiendo tampoco cómo tantos amigos de la izquierda, tantos anarquistas, pudieron ajusticiar a tantos burgueses sin haber cometido ningún crimen». (33). A pesar de que Thomas parece pretender narrar los hechos desde cierta objetividad sin decantarse por ninguna postura en concreto, no lo consigue. Según Ángel Palerm: «indiferencia y falta de amplitud, no objetividad e imparcialidad, son lo que encontramos en este libro».

La obra del hispanista inglés Hugh Thomas *La Guerra Civil española* (1961-62) fue un tanto controvertida ya desde su primera publicación a principios de los sesenta del siglo pasado. Tuvo algunas opiniones favorables como las del *Sunday Times*: «Casi ningún aspecto de la Guerra Civil, por doloroso e impopular que sea, se le escapa a este libro espléndido». En *Tribune* se dice que: «Es un libro precioso». Otro periódico inglés, *The*

*Guardian*, por el contrario, critica la obra de Thomas: «Es una obra en la que se narran hechos históricos a la antigua usanza: historia como el relato elocuente de batallas, maniobras diplomáticas junto con las hazañas de grandes hombres. Destaca en su obra el retrato. Las llamativas personalidades que adornan su obra con una exuberancia excesiva». (34)

Otros historiadores consideramos que *La Guerra Civil española* de Thomas se centra más en aspectos relacionados con las biografías de algunas personas que participaron en el conflicto (políticos, militares, diplomáticos), intrigas internacionales o batallas descuidando aspectos fundamentales de la historia como son las cuestiones socioeconómicas de España en aquella época.

En definitiva, sus biografías son como retratos irrelevantes (pues una sola persona o un grupo de ellas no hace la historia), mientras que los logros o anhelos revolucionarios apenas ocupan unos pocos párrafos a lo largo de toda su obra. Hugh Thomas publicó otras obras entre ellas: *Cuba: La lucha por la libertad* (1971), *La trata de esclavos* (1998) o *El Imperio español*, en tres volúmenes (2013) entre otras.

Por último, para no extenderme demasiado, me centraré brevemente en otro historiador e hispanista, en este caso norteamericano, Stanley Payne. Es doctor en Historia por la Universidad de Columbia y profesor emérito en la Universidad de Wisconsin. Sus libros más destacados son: *La guerra civil española* (2012), *El colapso de la República española* (2005), *El fascismo* (1980) o *Historia del fascismo* (1995).

En los últimos años el historiador norteamericano Stanley Payne está revisando a fondo sus propias tesis de décadas anteriores (sesenta y setenta del siglo pasado) respecto a las revoluciones españolas (la del 34 y 36) que reflejaba en varias de sus obras como *La guerra civil española* o *El colapso de la República*. Para cambiar sus argumentos anteriores se basa más en su propia ideología, cada vez más conservadora, que en nuevas aportaciones

documentales. Así Payne dice que: «La historia no está para justificar o blanquear nada, sino para registrar y explicar los hechos que ocurrieron».

En los últimos años el historiador Payne hace un revisionismo a fondo de la República española y de las revoluciones, achacando la culpa del golpe de Estado del general Franco a los partidos de izquierdas que no creían realmente en la República. Considera que los militares alzados en el 36 no eran todos ultraderechistas, sino que gran parte de ellos eran liberales (justamente los que fusiló Franco). Hoy, dice Payne, «La izquierda española busca desesperadamente utilizar un relato de la historia que la permita pasar por víctima. Claro que existía una derecha violenta, pero era muy débil (tan débil que Sanjurjo intentó un golpe de Estado y los falangistas mataron a cientos de políticos) y no tenía capacidad real para influir en la vida política» (se sabe que algunos banqueros y hombres de negocios ayudaban con cuantiosos donativos a partidos de derechas, como el caso de Juan March). (35)

La historia ha venido siendo interpretada por actores que procedían de otros campos del saber, como filósofos, teólogos, políticos, militares, escritores, etc., que han utilizado, en bastantes ocasiones, frases peyorativas para referirse a la historia, y esto ha provocado cierto desprestigio y desinterés por los hechos ocurridos en el pasado:

«La historia es una filosofía en ejemplos» (Dionisio de Halicarnaso).

«Me maravillo a menudo de que la historia resulte tan pesada porque gran parte de ella es pura invención» (Jane Austen).

«¿Qué es la historia? Una sencilla fábula que todos hemos aceptado» (Napoleón Bonaparte).

«Lo que cuenta la historia no es más que el sueño largo, pesado y confuso de la humanidad» (Arthur Schopenhauer).



«La historia es la mentira encuadrada» (Jardiel Poncela).

«El historiador es un profeta que mira para atrás» (Heinrich Heine).  
(36)

La Historia (con mayúscula) es la ciencia o disciplina que analiza e investiga los hechos más importantes de las sociedades humanas. Dichos sucesos se han de analizar en función de sus antecedentes, causas y consecuencias utilizando, además, otras ciencias, como son: la arqueología, geografía, antropología, sociología, economía, numismática..., con el propósito de, una vez conocido el pasado, poder interpretar correctamente el presente y estar preparados para el futuro.

En definitiva, un historiador no tiene que considerar la historia como una mera sucesión de acontecimientos ocurridos en el pasado desde la aparición de la escritura hace unos 4.000 años a. C., hasta finales del siglo XX (de hecho, hay historiadores que no estamos de acuerdo en considerar el inicio de la historia con el descubrimiento de la escritura, sino en el Neolítico, como argumentaré en otro capítulo). El historiador tampoco debe de mezclar su ideología política para aplaudir a unas determinadas clases sociales y desterrar a otras tergiversando los documentos o textos que utiliza. Además, la historia no es una mera sucesión de guerras, acontecimientos heroicos ni personalidades importantes (lista de reyes), sino que lo realmente importante a la hora de contar un episodio histórico son las cuestiones socioeconómicas imperantes en una época determinada y en un lugar concreto.

Por otra parte, el historiador ha de acercarse a la historia con humildad. Un hecho incuestionable hoy puede ponerse en entredicho dentro de unos años o siglos, como fue el caso de la fundación de Oviedo, de la que los documentos medievales daban por sentado su origen a finales del siglo VIII (761) cuando se asentaron unos monjes benedictinos y fundaron su

convento en la colina de la ciudad hasta que hace unos años se descubrieron restos arqueológicos muy anteriores a esa fecha, nada menos que de mediados del siglo V d. C.

Se puede decir que tres elementos estructurales se aprecian en cualquier época histórica: las guerras, las desigualdades sociales (privilegiados y no privilegiados) y el origen, desarrollo y caída de las civilizaciones o imperios. De estos aspectos, fundamentalmente, se ha de ocupar el historiador utilizando, para ello, un riguroso análisis científico basado en documentos, textos, datos del pasado y del presente, restos arqueológicos, numismáticos... (diversas fuentes) para poder interpretar, de una manera científica, los acontecimientos del pasado que estamos investigando para, posteriormente, divulgarlos de una manera clara, precisa y veraz a todas las personas a las que les interesa, en mayor o menor medida, la historia.